

Todos los días miraba por el resquicio de entre las tablas. La residencia abandonada estaba cerca de casa y cuando iba a cualquier parte no podía evitar pararme a echar un vistazo. Yo no lo recordaba, pero mi madre me había contado que el edificio fue, en otros tiempos, una especie de asilo para ancianos e indigentes regentado por unas monjas. En su mejor época la gente entraba y salía para recibir cobijo, un plato de comida caliente y un lecho seco donde poder dormir. Pero el hospedaje una noche sufrió un incendio que arrasó con todo, incluido las monjas que en él habitaban y algunos inquilinos ocasionales. Nunca se supo el origen del fuego, aunque se rumoreó durante mucho que fue la venganza de un mendigo que, por dedicarse a robar a los indigentes cuando dormían, la congregación echó del recinto. Jamás se demostró nada y todo quedó en habladurías de la gente del lugar.

Era un edificio colosal, fantástico por sus bastas proporciones, de aspecto sobrio, con grandes ventanales alargados y cuatro torreones. Aún después de los estragos del tiempo y el fuego en su interior, quedaba en él un espíritu de fortaleza indestructible. Cada vez que pasaba por delante de su fachada, algo me atraía a echar una mirada al interior, intentando descubrir algo nuevo en cada ocasión. Pero lo que veía era siempre lo mismo, vigas desnudas, paredes pintadas de gris por el paso de los años, telarañas que decoraban aquí y allá, algún resto de mobiliario destartado y sombras, muchas sombras que aparecían cuando la luz jugaba al escondite con la oscuridad. Mientras observaba aquel espectáculo de quietud, inconscientemente esperaba que algo pasase entre aquellas paredes, sentía vida allí dentro, supongo que resquicios del bullicio que había albergado en otros tiempos. Nunca sucedía nada, sin embargo continuaba inclinada, conteniendo la respiración e indagando con los ojos en la oscuridad a través de las tablas roídas, viendo motitas de polvo añejo flotar en el aire. Día tras día se

convirtió en algo cotidiano: iba a por el pan y echaba un vistazo, acudía a clase y otra miradita, salía a pasear y comprobaba nuevamente que todo estuviese en orden. Era genial imaginarse historias fantásticas que podrían haber sucedido en aquellas habitaciones: una princesa prisionera en un torreón rescatada por un caballero encantador, fantasmas que arrastraban sus cadenas haciendo penitencia por sus malas acciones en vida, un romántico amor entre una hermosa novicia y un valiente trotamundos...

Alguna vez había fantaseado con la idea de entrar en la residencia, colarme por una de sus ventanas no sería difícil, estaban muy próximas al suelo y sólo tendría que apartar los tablones que las cubrían. Pero la oscuridad, las ratas y el no saber que me esperaba allí dentro me acobardaban. Notaba algo extraño, algo que se escondía en la barriga de aquella enorme casa con torreones, que parecía estar viva. Cuando me aproximaba a una de las muchas ventanas y guardaba silencio podía escuchar el crujir de la madera y otros muchos ruidos inidentificables, que me erizaban el bello de la nuca. Se suponía que estaba abandonada y que nadie en su sano juicio querría vivir allí, pero había un atmósfera atrayente a su alrededor que te impulsaba a entrar.

Una noche de sábado decidí no acudir a la cita acostumbrada con mis amigos, solíamos quedar primero en el parque, contándonos las batallas de la semana en la universidad, mientras bebíamos unas cervezas y cuando se acercaban las tres de la mañana visitábamos, uno por uno, los locales de la zona antigua de la ciudad. Pero aquella noche hacía frío y lloviznaba, y la sola idea de arreglarme y salir a la calle me daba pereza. Así que me tiré en el sofá, enfundada en mi pijama de pingüinos, disfrutando de uno de esos programas del corazón. Sin embargo, al poco rato de estar

escuchando miserias ajenas cambié de parecer, preferí salir y beber para olvidar toda aquella tele-basura. Me arreglé como venía haciendo todos los fines de semana y me eché a la calle armada con un impermeable y muchas ganas de diversión.

Como siempre, pasé por delante del caserón y, como siempre, acerqué la nariz a una de las múltiples rendijas para olisquear la mezcla de humedad y polvo. Sólo hizo falta un segundo para percatarme de que algo no estaba como siempre, al fondo del pasillo podía ver una lucecita, muy pequeña y tenue, como de vela recién prendida, que comenzaba a arder. Pensé que podía ser el reflejo de una de las farolas de la calle y no le di mayor importancia. Pero la idea de explorar volvió a mi cabeza con más intensidad que nunca, sería sólo un momento, para investigar, así se me quitaría aquella curiosidad tonta. De un tirón arranqué una de las tablas que obstaculizaban mi paso y, sentándome en el alféizar de la ventana, pasé primero una pierna y luego la otra y... ¡ya estaba dentro! Había sido tan fácil como me había imaginado. El corazón me latía con más fuerza, sería por la emoción de estar en un sitio donde no debía, la humedad erizó mi pelo recién alisado y la piel notó al momento el frío que lo envolvía todo. Pero estaba a gusto, hacía tiempo que pensaba en hacerlo y ahora tenía la oportunidad. Me advertí a mí misma que era mejor ir con cautela, por que el suelo era de madera y estaba muy estropeado, en cualquier momento podría romperse algún tablón y caería al sótano. Avancé en la oscuridad cuidadosamente, pisando tímidamente y admirando todo lo que la luz me permitía ver. Entraba algo de claridad de la calle, pero no la suficiente para pararse a admirar detalles. Aún quedaban algunos armarios fabricados con maderas pesadas, estaban apolillados por los sitios que no se habían quemado pero, con un poco de imaginación, uno se daba cuenta de que en otra época habían sido de gran valor. Las

paredes no tenían un color definido, pero aún sostenían marcos metálicos donde antes se habían expuesto fotos en blanco y negro. ¡Qué pena no poder ojear alguna, para saber como eran las cosas antes! Llevaba ya un rato fisgando entre los objetos esparcidos por el suelo, cuando volví a ver al fondo la misma lucecita. Apuré el paso, esta vez dispuesta a descubrir su origen. La confianza al correr, sin tener en cuenta los agujeros del suelo, fue mi peor enemiga. Caí entre la madera del suelo.

Abrí los ojos y noté un fuerte dolor en la pierna, toda yo estaba magullada. Allí abajo la oscuridad era mucho más intensa, apenas llegaba una ínfima cantidad de luz desde las farolas de fuera, ni siquiera podía distinguir el contorno de mi mano agitándose delante de la cara, mucho menos las heridas. Intenté ponerme en pie, pero un dolor furioso en la pierna me lo impidió. No me lo podía creer ¡seguro que estaba rota! Comencé a ponerme nerviosa. Nadie sabía que estaba allí, ni que había entrado en el hospicio, mis amigos no contaban conmigo aquella noche y mis padres pasaban el fin de semana fuera. ¿Quién me echaría de menos? ¿Quién me encontraría allí escondida?

Opresión. Angustia. Mi pecho se agitaba violentamente intentando llenarse de un oxígeno que empezaba a escasear, o me lo parecía. No era capaz de controlar los gemidos, las lágrimas resbalaban por mis mejillas lavándome la cara manchada de tierra. Todo estaba tan oscuro... no lograba ver nada, ni siquiera un hilo de luz que me ayudase a mantener viva la esperanza de sobrevivir. Estaba sentada en el suelo húmedo, abrazándome y no conseguía controlar todos los pensamientos que me colapsaban el cerebro. Lloré, mecí mi cuerpo adelante y atrás intentando calmarme pero, entre la penumbra y el olor del suelo inundándome, no pude evitar que un grito de terror se

escapase, forajido, de mi garganta. El miedo combinado con el dolor hizo que pasado un rato me adormeciese.

No sé cuanto tiempo llevaba encerrada, puede que horas, no estaba segura. Tarareé una estúpida cancioncilla para intentar consolarme, durante un rato funcionó, pero el pensamiento negro de que nadie me encontrase, de morir enterrada en aquel sótano, me provocó un ataque de ansiedad y no pude más. Golpeé las paredes con las manos, desprendiendo la tierra adherida, escuché como caía, igual que en un reloj de arena marcando mi cuenta atrás. Contuve la respiración, intentando aclarar las ideas que golpeaban mis sienes. Si podía ponerme en pie y buscar las escaleras que iban al piso superior tendría una oportunidad. Decidí intentarlo. Muy lentamente me fui incorporando, apoyando las manos en las paredes mohosas. Me costó infinito recuperar la vertical, notaba la pierna hinchada y el dolor era desesperantemente intenso. Pero lo conseguí. Sonreí, felicitándome por el pequeño gran éxito. En ese momento escuché algo, un susurro a lo lejos, un lamento casi imperceptible que helaba la sangre. ¿Existía la posibilidad de que alguien más estuviese allí? Un escalofrío me atravesó de arriba a abajo. Y luego el silencio. No me moví ni un milímetro esperando el regreso de aquella voz que me había sobresaltado. Pasados, los que creí, unos minutos di por supuesto que habían sido imaginaciones mías y arrastrando la espalda por la pared empecé a caminar. Entonces volví a percibir aquellos gritos lejanos, que ahora parecían más próximos. Reconocí voces de hombres y mujeres que pedían auxilio, parecían sufrir mucho. Cada vez más próximos. Intenté concentrar la vista para salir de donde me encontraba pero mis piernas bailaban involuntariamente, la respiración perdió su ritmo coordinado y las lágrimas nerviosas resbalaban sin querer.

¡Dios mío! Había algo en el suelo, reptaba en mi dirección, parecía una persona, aunque no estaba segura. No distinguía sus facciones, parecía no tener pelo y emitía un ronquido sordo resultado de una respiración dificultosa. Me quedé paralizada de terror ante aquello. Lentamente se fue acercando, arrinconándome y provocando que la ropa se me pegase al cuerpo, por la humedad verdosa de la pared. Quería correr pero no podía, la pierna me dolía endiabladamente. Aquello se agarró a mis pantalones y ascendió por mi anatomía hasta situar lo que debía ser su cara frente a la mía. Noté su aliento putrefacto en el rostro, el hedor era nauseabundo, una mezcla de algo muerto e infectado, que se restregaba contra mí. Reprimí un alarido, ¿Quién iba a escucharme? Eso gruñía frente a mi cara como un perro rabioso, igual que un enamorado confiesa promesas al ser deseado. Cerré los ojos impulsivamente para evadirme de la situación terrible. ¡No quiero morir! Una arcada me sacudió, y supe que iba a desmayarme. Pensé que sería un alivio, no podía soportar la tensión y mis piernas tampoco. El engendro se acercó a mi oreja y susurró algo, pero no pude entenderle. Un vacío acaparó mi cabeza, que se aproximaba a gran velocidad hacia el pétreo suelo, y una grandiosa cantidad de luminosidad envolvió mi visión. Me desvanecí. Los acontecimientos me habían sobrepasado. Aquel era el resultado de mi curiosidad.

Cuando abrí los ojos supe de inmediato donde estaba, reconocí la austera decoración de una habitación de hospital. No pude reprimir una sonrisa de alivio, estaba viva, no sabía cómo, pero lo estaba. A los pocos minutos de despertar recibí la visita de una enfermera que me dedicó una maravillosa hilera de dientes. Mientras me hacía las curas pertinentes en las múltiples contusiones que adornaban mi cuerpo, me explicó que llevaba dos días sedada, por recomendación del médico. Mis padres habían estado todo ese tiempo a mi lado y se alegrarían al verme despierta. No recordaba nada de mi

llegada al hospital, pero estaba encantada con la idea de estar allí, a salvo. Por la tarde vinieron a verme mis amigos. Mis padres me habían contado que fueron ellos los que me encontraron en el viejo asilo y llamaron a la ambulancia. Me quedé sorprendida de que pensarán en ese sitio y que fuesen ellos los que hubiesen dado con mi paradero. Pero teniendo en cuenta que mi habitación estaba decorada con dibujos que había hecho del hospicio y que les había confesado mil veces las ganas de entrar en él, lo tuvieron claro. Aquella noche decidieron ir en mi busca para darme una sorpresa y, como no estaba en casa y no contestaba al teléfono móvil, se les ocurrió ir allí. Me encontraron muy rápido porque, nada más entrar en el caserón, escucharon gritos pidiendo auxilio. Buscaron las escaleras que llevaban al sótano, lo cual sí fue complicado por la oscuridad tan densa que reinaba dentro, pero una vez superada esta dificultad y orientándose por la intensidad de mi voz, dieron rápidamente con el lugar en el que había caído. La oscuridad era tan intensa en el sótano que, aún escuchándome frente a ellos no conseguían verme ni tan sólo un poquito, así que se les ocurrió iluminar la zona empleando la luz de la pantalla de sus móviles y... ¡allí estaba! Tumbada en el suelo, de costado, manchada de tierra y muy magullada. No paraba de decir: "ayuda, quema", estaba sin conocimiento, delirando. El resto ya era conocido, llamaron a los bomberos para sacarme de allí y la ambulancia me trasladó al hospital.

Estaba confusa, desde el desmayo no sabía qué había sucedido. Tan solo recordaba a aquel ser, aunque no estaba totalmente segura de su existencia. Pudo haber sido fruto de una mala jugada de mi mente, aquella noche estaba muy asustada y me dolía intensamente la pierna, quizás... Pero aquellas palabras, que decían, había murmurado sin conocimiento... Recordaba que aquello me había susurrado algo al oído pero creí no haberle escuchado. Quizás aquellas palabras quedasen retenidas en mi

mente... ayuda, quema. Estaba muy confusa. No quería pensar en ello. Era momento de descansar y luego, más adelante, cuando me hubiese recuperado volvería a la residencia de cuatro torreones y atmósfera envolvente, dónde reside la oscuridad, para ver qué sucede dentro y si realmente existía aquello que reptaba por el suelo, contorsionándose.

Me alegré de tener buenos amigos; habían salvado mi vida.